

Vida religiosa en tiempos de bits

Reflexiones sobre nuestras prácticas informáticas y su mensaje evangélico

Hno. Agustín Fontaine Castelló

¿Vale la pena hablar de software y prácticas informáticas en contextos de vida religiosa? Aún más: ¿vale la pena que un religioso hable sobre el tema? ¿No sería más evangélico que el que escribe se dedique a contar que Jesús hizo y dijo tal o cual cosa...y que los religiosos que ahora leen este texto hagan lo mismo? ¿No estamos perdiendo el tiempo? ¿Por qué un religioso tendría que leer sobre prácticas informáticas? Por último: ¿no da lo mismo utilizar cualquier hardware y software mientras que se pueda testimoniar el Evangelio?

Dirán que Jesús no utilizó software. Eso es evidente. Pero... ¿utilizaría en nuestros tiempos? Aquí la encrucijada. Si me dicen que no, respondo: ¿qué hacen ustedes, testigos de Jesús e imitadores suyos, utilizándolo? Pues bien, abandonen y abandonemos todas nuestras computadoras. Si me dicen que sí, la respuesta hace emerger otras preguntas: ¿qué habría usado? ¿cuando lo habría usado? ¿bajo qué condiciones? A mi modo de ver ni la primera pregunta ni la segunda pueden ser taxativas, sin atender a los contextos. En algunos lugares donde estamos los cristianos no parece haber urgente necesidad de tecnologías informáticas. Pues bien, allí Jesús tal vez no las habría usado. Pero hay otros lugares donde la vida sin informática queda trunca. Son contextos de ciudad tal vez, donde no se puede siquiera cobrar el sueldo sin un mínimo de contacto con estas tecnologías e incluso donde sistemas informáticos son el nuevo ágora para el anuncio del Evangelio. Yo no dudo en afirmar que allí Jesús sí habría tomado parte en ello. Al que sí duda le pregunto ¿hasta qué punto era verdad eso de la encarnación? ¿no habría algo así como una apropiación en el uso de lo digital por parte de un Jesús contemporáneo?

Lo cierto es que la mayoría de los lectores, y gran parte de los religiosos consagrados del planeta, viven en estos contextos y habitualmente utilizan las mencionadas tecnologías. Quisiera empezar hipotetizando que los religiosos hemos entrado en este mundo informático sin pensarlo, sin preguntarnos sobre las consecuencias y el mensaje que desde allí dábamos. Pues bien, si quieren, cierren este cuaderno de apuntes y dedíquense a otra cosa. Con los que no lo cierran, propongo que caminemos juntos en pensar nuestras prácticas.

En difusos recuerdos de lecturas de la infancia reconstruyo este cuento: Un hombre salía a la plaza a gritar que había que cambiar el mundo. Los primeros días muchos lo escuchaban con agrado. Pasados algunos días le escuchaban algunos menos y, finalmente, nadie lo escuchaba. Sin embargo, tercamente él seguía en la plaza, gritando que había que cambiar el mundo. De repente un hombre se acercó y le preguntó:

-¿Por qué sigues gritando si ya nadie te escucha? Nadie hace caso a tu idea de cambiar el mundo.

El hombre le dijo:

-Sigo gritando porque sino el mundo me habría cambiado a mi.

Tomen este texto como un grito... y el que tenga oídos que oiga. ¿Qué es lo que no quiero que el mundo cambie de mis prácticas informáticas? Parece más fácil continuar los caminos ya iniciados y unirnos a adopciones de gran parte de la sociedad. Si esto genera exclusión ¿será lo mejor seguir sosteniéndolo? ¿Hasta cuando puede tolerarse a un rey injusto o, más que injusto, poco generoso? Pienso que en un gobierno no toleraríamos con tanto entusiasmo a un jefe poco

generoso ¿por qué lo toleramos en muchos de los que gobiernan nuestras prácticas informáticas? ¿Es que da lo mismo? -me sigo preguntando.

Un paso más en el planteo político: mientras muchos niegan al marxismo y se aterran por el capitalismo, pocos proponen. Algunos hablan de las barbaridades de este último sistema pero están atados, y bien ataditos al mismo. ¿Por qué? ¿Por mala voluntad? No lo creo. Creo en su buena voluntad. Sin embargo lo están porque no llegan a plantearse del todo qué prácticas de las que realizan son parte de ese sistema. Yo tampoco quiero dar respuesta sobre todas esas prácticas, aún seguro de estar sin quererlo metido en alguna de ellas. Quiero, sin embargo, ofrecer algunos elementos de análisis sobre las prácticas informáticas... ¡y que alguno nos convide su reflexión sobre otras campos donde el capitalismo de libre mercado reina!

Por mi parte, y uniéndome al proyecto investigativo de Naomi Klein, estoy convencido de que la alternativa al capitalismo no es el comunismo sino una democracia más participativa. Si eres parte de los que creen eso ¿son tus prácticas informáticas coherentes con tu creencia? ¿La idea base de los sistemas informáticos que utilizas tiene algo que ver con la noción de libre participación democrática? Si la conjunción libre más democracia más participación no es de tu agrado, esta es una buena segunda oportunidad para abandonar el texto que estás leyendo. Si no abandonas y te metes por estos caminos, tendrás que repensar la idea de autoridad probablemente presente en tu imaginario y en el imaginario de muchas personas de Iglesia.

Planteado ya un puñado de preguntas y otro de esbozos de convicciones te propongo entres junto conmigo en la temática.

Una ventana que no se puede abrir

¿Has instalado alguna vez un software del estilo de Microsoft Windows? ¿Recuerdas algo así como un largo acuerdo de licencia que solicitaba “aceptar” para poder avanzar? Si de eso te acuerdas ¡sos de los muchos que alguna vez hemos prometido no compartir lo que tenemos! Mal que nos pese, a mi parecer, prometer no compartir suena bastante terrible. Yo cuando era más chico he realizado eso. Hoy, mientras recuerdo esa práctica viene a mi memoria este cuento de Eduardo Galeano¹:

“Joaquín de Souza está aprendiendo a leer, y practica con los carteles que ve. Y cree que la P es la letra más importante del alfabeto, porque todo empieza con ella:

Prohibido pasar

Prohibido entrar con perros

Prohibido arrojar basura

Prohibido fumar

Prohibido escupir

Prohibido estacionar

Prohibido fijar carteles

Prohibido encender fuego

Prohibido hacer ruido

1 Eduardo Galeano, Bocas del Tiempo, cursos prácticos, Catálogos, 2005.

Prohibido...”

Prohibido compartir tu software, prohibido modificarlo, prohibido... Así nos dice Microsoft Windows como plataforma y otros sistemas de código cerrado. Ellos prohíben pero aseguran ofrecer cientos de ventajas tal vez no despreciables debido a que tienen gente muy capaz trabajando en desarrollo. ¡Pero ideológicamente no se han actualizado! Consideran que el saber está en un grupo de desarrolladores que se comportan como una fuente a quienes todos obedecen y alaban. Nada más parecido a los centros de saber griegos o a los monasterios medievales. Allí el conocimiento. ¿Y el resto del mundo qué? Con suerte alguno de los que no estaban dentro recibía migajas.

¿Deberá ser ese el modelo contemporáneo? Si es ese, qué hacemos con los conceptos “libertad, igualdad y fraternidad” o con ese tan manoseado concepto de gobierno del pueblo: “democracia”, donde la participación y la igualdad de oportunidades deberían ser las bases para que el pueblo gobierne realmente.

Dejo las preguntas y antes de avanzar sobre ellas me planteo una pregunta acerca de la ilegalidad en la copia. Definitivamente si firmaron un acuerdo de licencia como los anteriormente mencionados y estaban instalando una copia o luego prestaron ese software a otros, han aceptado la ilegalidad. Yo no quiero centrar el planteo en la ilegalidad porque estoy convencido de que para poder preguntarnos eso debemos partir de una base de igualdad de oportunidades y de recursos evidentemente ausente en nuestro mundo.

Aún más. Un sistema al que sólo pueden acceder quienes tienen alto poder adquisitivo abre puertas a la alfabetización de unos y al analfabetismo de otros. Sostener eso es como ser inversionistas de una empresa que genera opresores y oprimidos. Nada más indeseado para un seguidor de Cristo.

En esa línea me pregunto: ¿No decían los hechos de los apóstoles que entre los primeros discípulos ponían todo en común? ¿Por qué entonces firmamos acuerdos de licencia para no poner en común lo que tenemos? Será tal vez porque no nos interesa el medio por el cual llegar a lo que queremos. Pero al momento no conozco afirmación cristiana que sostenga que el fin justifica los medios ¿y entonces? ¿Entonces qué? -preguntarán algunos. Y se responderán diciendo que no hay escapatoria, que el sistema es injusto porque las economías de nuestras regiones no soportan la compra de software original. Pues en esa respuesta acordamos. En lo que no acordamos es en la justificación. ¿Por qué? Porque si la propuesta es una sola y es injusta acuerdo en que hay que romper con la reglamentación en pos de la igualdad de oportunidades. Pero qué pasa si hay más de una propuesta, aunque no la conozcamos. ¿No tendremos responsabilidad en esa ignorancia? Pienso que desde el momento que has leído los renglones anteriores ahora la tenés. Tal vez habría sido mejor no recibir este texto pero... con ese argumento también podemos maldecir el momento en que leímos “si tienes dos túnicas, dale una al que no tiene” Claro que era más fácil no haberlas leído o, lo que es lo mismo, adoptar el camino de una argumentación endulzada que nos permita convivir con dos túnicas cuando a otro le sigue faltando.

¿Recuerdan que Pablo VI hablaba de que en caso de tiranía podía hasta ser justificable la violencia? Haciendo una comparación con la situación actual: ¿Sería lo mismo? ¿Habría que planear una violencia sobre el tirano del código cerrado haciendo de la copia ilegal un arma de combate? Algunos pueden creer que sí. Si fuera la única alternativa también yo diría eso. Lamentablemente sostener la copia ilegal como arma de combate implica seguir reconociendo como importante y necesario al sistema: la opción es una y nosotros la boicoteamos. ¡Pero necesitamos de la opción!

Verán que mi problema no es de conciencia por la copia “ilegal” porque parto de la certeza de lo injusto de la ley como decía anteriormente. Pero si hay otra manera posible de obrar ¿no será mejor intentarlo? ¿Habrá que continuar un noviazgo donde no nos cierran ideas de la otra persona pretendiendo que algún día cambie? ¡Pero nunca cambia! Precisamente hoy me llegó un e-mail en el cual me escriben que habría que esperar que pase un tiempo para hablar de esto. ¿Más tiempo? Qué somos: ¿productores o simples consumidores de ideología presente en la tecnología? ¿No le hemos dado demasiado tiempo al código cerrado para que intente ser generoso? Este es el planteo del punto siguiente.

La alternativa en tiempos de globalización de la caridad

“En tiempos donde nadie escucha a nadie, en tiempos donde todos contra todos...” Fito Páez

El nuevo nombre informático del comunitarismo (no como perversión del término comunidad sino como intento de vivir en y desde la comunidad) se llama software libre. Este texto no tiene intención de explicar en detalles su funcionamiento sino hacer emerger preguntas cuya respuestas se van elaborando entre muchos.

Lo que principalmente diferencia al software es el modo de plantear la estructura de base. No tanto la funcionalidad (las herramientas con las que puedo hacer “cosas”) o la apariencia (colores, tamaño de los íconos, etc) La estructura de base en un software tiene que ver con el *código*. Básicamente *código abierto* es como cuando en una comida o bebida yo puedo conocer la totalidad de los ingredientes y el proceso de elaboración, mientras que *código cerrado* es la característica del software cuyo código se asemeja a la fórmula de una gaseosa conocida: es secreta y no te la van a decir para que no la modifiques ni la copies. Muchos toman esa gaseosa como también muchos consumen software sin saber qué tiene dentro. Y se acostumbran a ello ¡sin saber si tiene veneno!

La cuestión del *código* es central, no sólo por un afán curioso de conocer cómo está desarrollado sino por la posibilidad de generar espacios y propuestas nuevas desde allí. El problema es que plantear códigos abiertos desestabiliza el anteriormente planteado esquema de que el conocimiento estaba en los centros de saber griegos y en los monasterios, y lo lleva a quien tenga un poco de curiosidad y deseos de investigar un poco cómo está planteado, a quien tenga una buena idea y un tiempo para organizarla y, lo que es mejor, a quienes se entrelazan para construir juntos un software que se adapte a sus necesidades.

El desarrollo del código cerrado está en manos de unos pocos, cuyo poder de decisión ha marcado la evolución de la tecnología informática. Por ejemplo, lo que expertos de Microsoft quisieron proponer es lo que muchos adoptan, marcando el tope de nuestro desarrollo informático, porque ellos tienen la llave para la puerta siguiente. ¿Y si pensamos en una puerta sin llave, o en un camino sin puertas? Dicen que esta tecnología avanza a pasos agigantados. Me pregunto y respondo afirmativamente si no habría avanzado a mayor velocidad si fuéramos más los que adoptamos software libre, un camino sin puertas. No sólo eso, que es lo de menos. Lo que realmente habría avanzado es el deseo de un mundo más fraterno y solidario, porque lo que hayamos hecho será mucho o poco, ¡pero lo habremos hecho entre todos! Creo que muchos queremos eso ¿no?

En breve, podemos decir que el movimiento de software libre alude a libre sosteniendo cuatro libertades

- la de ejecutar el programa de la forma que quieras;

- la de cambiar lo que quieras de él para que se adapte a tus necesidades;
- la de ayudar distribuyendo copias;
- la de construir comunidad mejorando la versión y ofreciéndola;

Yo no soy experto en el tema pero hay quienes, consecuentemente con lo que opinan, comparten sus producciones bajo licencias creativas (Creative Commons). De ellos tenemos un torrente de materiales para profundizar.

Migran las golondrinas en busca de aires mejores

Una cosa es creer, junto conmigo, en las virtudes y bondades del Software Libre. Creer apoyando el proyecto ya es un buen paso pero ¿es suficiente? Un segundo paso es ser coherente con la nueva creencia. Ahí la propuesta de migración. Llamamos migración al tiempo de transición entre una plataforma y otra, en lo que refiere al sistema operativo, y de un “programa” a otro, en lo que se refiere a aplicaciones (por ejemplo, dejar un procesador de texto de código cerrado para comenzar a usar uno libre) En mi caso, como en el de muchos, la migración contó con un tiempo de doble booteo, donde al iniciar el sistema podíamos elegir arrancar desde Microsoft Windows o desde el sistema operativo de base Linux que que habíamos instalado. Esta práctica es bastante común, considerando que por años nos fuimos acostumbrando a una manera de proceder. Seguramente el proceso migratorio nos llevará un tiempo hasta dejar de sentirnos ajenos en esta nueva práctica.

Desde mi punto de vista, y desde mi experiencia de migración, pienso que hay que aceptar un cierto grado de ascésis que nos permita dejar de sentirnos ajenos. ¿A qué me refiero? Quiero decir que excepto las personas que tienen tendencia a valorar más lo novedoso y distinto que lo conocido, la mayoría caerá en la tentación de reiniciar en el sistema anteriormente conocido.

La migración entonces tendrá que partir de la apertura a la novedad y en caso necesario, hacerse asesorar. Si nos asesoramos en cuestiones contables y jurídicas ¿por qué no lo hacemos en el uso de estas herramientas?

Por otra parte, en el proceso migratorio dirás que hay algunos *software libres* que no funcionan tan óptimamente como los software de código cerrado. Yo creo que algunos funcionan mejor y otros peor. No estoy precisamente sosteniendo que el funcionamiento de todos es mejor sino que definiendo lo que podría haber llegado a ser si hubiéramos sido más los integrados al proyecto. Entonces, lo que nos interesa defender hoy no es lo óptimo de los sistemas de código abierto sino ese reino de posibilidades que ofrece. En la revisión histórica de nuestras prácticas podemos hacer autocrítica para proyectar el futuro.

Dirán también, en este camino migratorio: “No me gusta el entorno gráfico” ¿Cuál? Justamente a nivel de Software Libre hay tantos posibles entornos gráficos como gente que quiera proponerlos. Hoy hay un sinnúmero de entornos. O dirán también: “No entiendo la lógica”. Recuperando la experiencia personal estoy convencido de que entendemos más la lógica por estar acostumbrados que por una especie de “en sí” presente en ella. Aún más: mientras voy perdiendo memoria me estoy olvidando de la lógica del Microsoft Windows, que antes utilicé.

De todas maneras, aún teniendo respuesta a estos dos puntos anteriores, no creo que lógica y funcionalidad sean los criterios de selección de nuestros software sino el tipo de mensajes que emitimos al utilizarlos. Por mi parte pienso que los cristianos, pero especialmente los que

trabajamos en el ámbito de la educación, no podemos omitir el tema. Nuestro mensaje en uso de sistemas de código cerrado alientan a no compartir, a no creer que entre todos construimos lo que somos y hacemos y a ser artífices de la desigualdad.

Un último aliento

Mientras recibo aportes para delinear estas páginas un conocido al que aprecio mucho me dice: “Yo ya estoy viejo, pero me alegro de que puedas seguir en estos senderos” Quiero decir que es en la capacidad de adaptabilidad donde se puede medir nuestro grado de juventud. Y capacidad de adaptabilidad implica “decisión de”. Decisión de hacer experiencia y ver hasta dónde mi capacidad y en consecuencia hasta donde mi juventud. ¿Juventud para qué? Esto ya lo sabemos: los jóvenes son quienes más se animan a nuevas prácticas y quienes llevan la bandera de alternativas a lo ya establecido. De jóvenes, o de corazones jóvenes, nacieron alternativas a la vida. Jesús es uno de ellos, pero cada uno tiene un sinnúmero de gente querida y conocida que siendo joven desarmó las estructuras reinantes, sabiendo de la necesidad de que otro mundo nuevo es posible. Con ellos, con quienes ayer y hoy encendieron una llama en la oscuridad, sigamos caminando, confundiendo sus pisadas con las nuestras y ambas con el camino de liberación de muchos que de buenas nuevas poco han escuchado.

Enviar consultas, críticas y propuestas a hermanoagustin@gmail.com